pentinamente à la escena los hombres, las cosas y los lugares, y les prestan oido, palabra y accion como si presentes se hallasen.

La Asamblea iba á internarse en cuestiones religiosas; Mirabeau, para oponerse á esta medida imprudente, levántase y dice:

« Acordaos que, desde esta misma tribuna en que hablo, veo la « ventana del palacio en que los facciosos, asociando los intereses « temporales á los intereses sagrados de la religion, pusieron en « las manos de un rey de los Franceses, el fatal arquebuz que dió « la señal de la sangrienta destruccion de los hugonotes. »

Preparábase una deputacion de la Asamblea á pedir al rey el envío de sus tropas, tres veces negado; el fogoso Mirabeau no puede contenerse, y dirigiéndose à los comisarios prorrumpe en

estas palabras:
 « Decid al monarca que las hordas extrangeras de que cercados
 « estamos, recibieron ayer la visita de los príncipes, princesas, fa « voritos y favoritas, que les prodigaron caricias, dádivas y exhor « taciones. Decidle que, durante toda la noche, esos satélites ex « trangeros, de oro repletos y de vino, pronosticaron en sus cánti « cos impios, la servidumbre de la Francia, é invocaron con votos
 « brutales la destruccion de la Asamblea nacional. Decidle que,
 « en su mismo palacio, los cortesanos danzaron al son de esta bár « bara música, y que tal fue el preludio del impio degüello del dia

« de San Bartolomé. »

En su magnifico discurso sobre el derecho de paz ó de guerra, habia conseguido Mirabeau, no sin alguna confusion de ideas, resolver la dificultad, por la responsabilidad de los ministros y la denegacion de los subsidios de parte del poder legislativo; pero, apenas hubo pronunciado estas últimas palabras: « Cesad de te-« mer que un rey rebelde, abdicando él mismo su cetro, se es-« ponga á correr de la victoria al cadalso, » fue interrumpido por murmullos violentos, y d'Esprémenil pide que se llame al orador al órden por haber atacado la inviolabilidad del rey.

« Todos habeis oido, replica instantáneamente Mirabeau, la su-« posicion que he hecho de un rey déspota y rebelado, el cual, al « frente de un ejército de Franceses, acude á conquistar un lugar « entre los tiranos; pues bien en este caso un rey cesa de ser rey.»

A estas palabras, hubo un aplauso general.

Mirabeau prosigue:

« Solo el toque de rebato de la necesidad puede dar la señal « cuando ha llegado el momento de cumplir con el imprescripti« ble deber de la resistencia, deber siempre imperioso cuando « violada ha sido la Constitucion, siempre triunfante cuando la « resistencia es justa y verdaderamente nacional. »

Estas palabras son la viva y profética pintura de la revolucion de Julio.

En esta misma improvisacion, Mirabeau, con sus vivas instancias, obliga al abate Sieyes á comparecer á la tribuna.

« No ocultaré mi vivo pesar al ver que el hombre que supo es-« tablecer las bases de la Constitucion, que el hombre que reveló « al mundo las bases del gobierno representativo, se condene á sí « mismo á un silencio que deploro y culpable juzgo; que el abate « Sieyes... perdóneme si lo nombro... no acuda á poner en su a Constitucion uno de los mayores resortes del órden social; omi-« sion que tanto mas siento, cuanto que abrumado con un trabajo « superior á mis fuerzas intelectuales, é incesantemente arreba-« tado al recogimiento y meditacion que son las primeras faculta-« des del hombre, no habia fijado mi espíritu en este particular, « acostumbrado como estaba á confiarme á un varon dotado de « tan profundo pensamiento por lo concerniente á la conclusion « de mi obra. En vano le he instado, exhortado, suplicado en « nombre de la amistad con que me honra, en nombre del amor « de la patria, sentimiento mucho mas enérgico y sagrado; en « vano he apurado toda mi influencia para con mi ilustre amigo, a con el objeto de que nos dotase de sus ideas y no dejase este « vacío en la Constitucion. Todo ha sido infructuoso, Sieyes se ha « negado, yo os lo denuncio, y os ruego al mismo tiempo que « logreis su dictámen que no debe ser un secreto, y arranqueis en « fin á su desaliento un hombre cuyo silencio é inaccion considero « como una calamidad pública. »

¡ Qué lenguage tan lleno de elocuencia y alta razon! ¿ Quien llegó á hablar de este modo antes y despues de Mirabeau?

Jamás orador francés tuvo en la Asamblea, ministros y opinion poder comparable, y se puede decir que trataba al rey como si rey fuera él mismo. Cuando agitada la Asamblea iba al encuentro del príncipe, levántase Mirabeau y con un gesto contiene su impaciencia: « Que un frio respeto acoja al monarca en momento tan « doloroso. El silencio de los pueblos es la leccion de los reyes. »

En nuestro concepto, lo repetimos, lo que dió la supremacia á Mirabeau sobre los demas oradores, fue la profundidad y extension de sus pensamientos, la solidez de su dialéctica, la vehemen-

cia de sus improvisaciones, y sobre todo la fortuna extraordinaria de sus réplicas.

En efecto los oyentes y principalmente los rivales de los oradores se precaven contra los discursos preparados, y, constándole que el orador tiende sus redes para sorprenderlos, procuran tambien escaparle. Así á medida que habla, buscan, adivinan, disponen, con órden mas ó menos habil, los argumentos que debió emplear el orador, sus hechos, pruebas, insinuaciones, y aun á veces sus figuras y movimientos mas felices; cerrando los agujeros de su celada y de su coraza por donde podria penetrar el acero enemigo; de modo que cuando el orador traspasa la barrera y se arroja al combate, encuentra ante si un enemigo armado de pies á cabeza, que le detiene el paso y disputa la victoria.

Pero la feliz oportunidad de una réplica oratoria admira y desarma hasta los mismos adversarios, produciendo el efecto de las cosas inesperadas. En efecto, una réplica aguda y picante es una peripecia que sobrecoge al espectador, rompe los nudos del drama y lo precipita; es el relámpago que brilla en la lóbrega oscuridad; la flecha que rechaza el broquel enemigo y vuelve á atravesar el seno del que la arrojó.

La réplica conmueve las masas irresolutas y flotantes de una Asamblea, en la cual se lanza come el águila oculta en el fondo de un peñasco, que, hendiendo el aire, se arroja sobre su presa, y la lleva palpitante en sus garras, antes que pueda despedir un

La réplica despierta, por el sacudimiento que produce su novedad, los oyentes flojos, linfáticos y espesos que se abandonan al sueño; anima y enternece repentinamente los corazones; arranca exclamaciones de ira y gritos de valor y denuedo; á veces determina una risa estrepitosa é interminable, y obliga al gefe ó soldado à ocultar su rubor en las filas de sus tropas que se abren por piedad ó escarnio; resuelve con una sola palabra la cuestion, da significacion á un acontecimiento, revela un carácter, pinta una situacion, resume un debate, perdona ó condena un partido, labra ó desmorona una reputacion; glorifica, mancilla, abate, levanta, desata, liga, salva, mata; atrae, suspende mágicamente y por una cadena de oro, una Asamblea entera á los labios de un hombre solo; concentra à la vez toda su atencion en un punto, engendra por un momento la unanimidad, y puede decidir de repente la pérdida ó triunfo de una batalla parlamentaria.

Jamas retrocedió Mirabeau ante dificultad alguna, ni bajó los ojos en presencia de un adversario cualquiera; al contrario elevábase á toda su altura cuando lo amenazaban sus enemigos, y hundia á golpes de masa el fragmento de lanza que querian que arrancase.

Arrostraba intrépido en la tribuna, las preocupaciones, objeciones sordas y la impaciencia de la Asamblea; é inmóvil como una roca, cruzaba los brazos y aguardaba el silencio.

A todos replicaba, al instante mismo, sobre todas materias, con una rapidez y oportunidad sorprendentes.

Pintaba los hombres y las cosas con un modo de decir que le era enteramente peculiar.

Llamaba enérgicamente la Francia antigua « una agregacion « inconstituida de pueblos desunidos. »

Decia en su lenguage monárquico:

« El rey es el representante perpetuo del pueblo, y los repre-« sentantes diputados temporarios. »

Miembro del directorio de Paris, se expresaba en estos términos en presencia de Luis XVI:

« Un gran arbol cubre con su sombra una inmensa superficie, « y sus profundas raices se extienden á lo lejos entrelazándose con « rocas eternas. Para abatirlo es necesario revolver completa-« mente la tierra : tal es, señor, la imágen de la monarquía consa titucional.

Atacado, como presidente de la Asambla, por M. de Faucigny, que amenazó el lado izquierdo con el sable en la mano, redacta el decreto de admonicion en estas nobles palabras:

« Satisfecha la Asamblea de los testimonios de su arrepenti-« miento, le remite á Vm. la pena en que ha incurrido. »

¡Qué vivacidad, qué actualidad, qué nobleza en todas sus respuestas! ¡qué ironía á la vez chistosa y caballeresca! ¡qué vigor!

Gastábase sobrado tiempo en deliberar relativamente á las pretensiones de Génova á la isla de Córcega, Mirabeau interviene en el debate en los términos siguientes:

« No opino que una liga formada por Ragusa, Luca, San Ma-« rino y otras potencias igualmente formidables deba inquietar-« nos; tampoco considero muy peligrosa la república de Génova, « cuyos ejércitos ahuyentaron doce mugeres y doce hombres en « las playas de la Córcega. Pido un emplazamiento indefinido.»

Como remedio á los males públicos, proponia Cazales el investir al rey durante tres meses de un poder ilimitado.

Mirabeau responde: « M. de Cazales está fuera de la cuestion, « pues discute si se otorgará, ó no, al rey un poder absoluto. »

Y como insistiese el abate Maury en el derecho de hablar en el mismo sentido que Cazales, replicó Mirabeau: « Yo no he dicho « que el preopinante estuviese fuera de su derecho, sino solamente « de la cuestion, al pedir la dictadura real. ¡La dictadura en una « nacion de veinte y cinco millones de almas! ¡La dictadura en « manos de una sola persona! ¡La dictadura individual en un país « que opera su Constitucion, en un país cuyos representantes están « reunidos! »

A los optimistas de la Asamblea que dormitaban:

« Dormimos, es cierto; ¿pero no se duerme tambien al pié del « Vesuvio? »

Al abate Maury, que le inculpaba el recurrir al populacho:

« No me bajaré hasta el punto de contestar á la inculpacion que a acaba de hacérseme, á menos que la Asamblea la eleve hasta mí, a mandándome que á ella responda; y en tal caso creeré haber a hecho lo bastante para mi justificacion y mi gloria al nombrar a mi acusador y al nombrarme á mí mismo. »

A su hermano el vizconde de Mirabeau, que habia hablado en tono descomedido de una proposicion:

« Siempre he considerado como cosa muy buena el cumplir ale-« gremente su oficio; así me abstendré de vituperar al preopinante « su humor jocoso en circunstancias que solo debieran inspirar « graves reflexiones y tristes pensamientos. »

A una redaccion embrollada de la Constitucion :

« Debo observar que no seria malo que la Asamblea nacional « de Francia hablase francés, y aun que escribiese en francés las « leyes que propone. »

A los que reclamaban la inamovibilidad de las fundaciones antiguas del elero:

« Si todos los hombres que han vivido hubiesen tenido un se-« pulcro, necesario hubiera sido, para encontrar tierras que culti-« var, derribar esos monumentos, y remover la ceniza de los « muertos para que hallasen alimento los vivos. »

A un diputado que proponia el aplazamiento de una mocion urgente relativa á algunos infelices condenados:

«Si tratasen de ahorcarlo á Vm., ¿propondria Vm. el emplaza-«miento de un examen que pudiera salvarle del suplicio?»

A d'Espreménil que defendia con ahinco los mandatos imperativos:

«Si hubiese prevalecido el sistema de M. d'Espreménil, no hu-«biera tenido necesidad de comparecer aquí, sino se hubiera ce-«ñido á enviar su cuaderno; y hubiéramos sido privados del pla-«cer de oirlo.»

A los que pretendian que la peticion al rey para que renovase los ministros habia perdido la Inglaterra:

«¡La Inglaterra está perdida!¡Ah Dios mio!¡qué infausta no-« ticia!¿Y en qué latitud se ha perdido?¿Qué terremoto, qué con-« vulsion de la naturaleza ha llagado á tragar esa isla famosa, ese « inagotable foco de grandes ejemplos, esa tierra clásica de los « amigos de la libertad?... Pero no hay que apurarse... La Ingla-« terra se cura en un glorioso silencio de las heridas que ella « misma se infligió en un periodo de delirio y calentura. La Ingla-« terra florece aun para la eterna instruccion del mundo. »

A Regnauld de Saint-Jean d'Angély, que se indignaba contra la proposicion de una cámara única :

« Siempre he temido indignar á la razon, pero jamás á los in-« dividuos. »

A la exposicion de la ciudad de Rennes que declaraba traidores y enemigos de la patria los aprobadores del voto real :

« Si la Asamblea continua deliberando sobre semejante mate-« ria, se asemejará á un gigante que se pone de puntillas para pa-« recer alto. Melun, Chaillot, Viroflay derecho tienen de propalar « sandeces no menores que Rennes; como esta ciudad pueden « apellidar infames y traidores á la patria los que no profesan « sus opiniones. La Asamblea nacional no tiene tiempo de insti-« tuirse maestra de municipalidades que emiten asertos tan erró-« neos. »

A la comision de Constitucion que se oponia á que se deliberase sobre una cláusula insertada :

«Las comisiones son seguramente lo mas selecto; pero la «Asamblea nacional no ha resuelto discernirles el privilegio ex-«clusivo de aclarar y debatir las cuestiones.»

A un miembro que queria conservar en la promulgacion real estas palabras : A todos los presentes y venideros, salud :

«¡Si cundiese y se generalizase este modo de saludar!»

A otro que pretendia que se conservase siempre estas expresiones: Rey de Francia y de Navarra:

«¿No seria igualmente del caso añadir y de otros lugares?»

A un miembro que sostenia que los diputados debian gozar de los privilegios de los embajadores, pues como estos representaban las naciones:

«Responderé que ignoraba que hubiese en esta Asamblea em-«bajadores de Dourdan, embajadores del país de Gex; y prefiero « creer que somos los representantes de la nacion francesa, y no « de las naciones de la Francia. »

A los que atacaban la calificacion de pueblo francés:

« Adopto, defiendo, proclamo esta calificacion por la misma « razon que induce otros miembros á combatirla. Sí, cabalmente « porque el nombre de pueblo no goza en Francia del respeto á que « es acreedor; porque se nos presenta empañado y cubierto del « orín de las preocupaciones; porque nos ofrece una idea que « alarma el orgullo y repugna á la vanidad; porque los aristócra- « tas lo pronuncian con desprecio; por esto mismo, señores, quiero « verlo respetado y glorioso; y por esto mismo debemos propo- « nernos todo no solo levantarlo del polvo, sino ennoblecerlo y « volverlo respetable á los ministros y á todos los corazones. »

A un folleto fabricado contra él, diseminado en los bancos de la Asamblea, y cuyo título solo pudo leer al subir á la tribuna : «Sé muy bien lo que es, y no saldré de aquí sino en triunfo ó «despedazado.»

A un relator que leia una carta interceptada á un agente pretendido de Mirabeau en que se leia : Riquetti (1) el mayor es un malyado :

« Señor relator, Vm. me trata con excesivo favor. Vm. ha te-« nido la bondad de comunicarme el documento, y me acuerdo « muy bien haber leido: Riquetti el mayor es un malvado *infame*. « No está de mas el mostrar bajo sus verdaderos colores el retrato « que de mí hace mi agente. Lea Vm. todo sin omitir nada. »

Y otra vez:

«He visto cincuenta y cuatro cartas de prision (2) en mi fami-

«lia; sí señores, cincuenta y cuatro, diez y siete de las cuales me «han tocado á mí. Así ya ven Vms. que he sido tratado como hijo «primogénito que recibe un buen mayorazgo.»

Sobre los emigrados dijo estas palabras:

«La popularidad que siempre he anhelado y de que actual-«mente disfruto, no es una debil caña que dobla y desarraiga el «viento; sino al contrario, sus raices penetran en la inalterable «base de la razon y la justicia. Os juro, si promulgada es tal ley, «os juro de no prestarle obediencia.»

Y, como lo interrumpiesen con sus clamores, los miembros de la izquierda, se vuelve á Lameth, Robespierre, Duport y demas del mismo partido, y les grita:

«; Callen los treinta!»

Y callaron los treinta.

A los que contestaban á la Asamblea el poder legítimo de una Convencion nacional :

« Nuestra Convencion nacional es superior á toda imitacion y á « toda autoridad; y no debe dar cuenta mas que á sí misma y á « la posteridad. Todos conoceis la conducta de aquel Romano « que, para salvar la patria de una gran conspiracion, traspasó « los límites de la ley: Jurad, le dijo un tribuno capcioso, que « respetasteis la ley. Juro, replicó el magnánimo varon, que he « salvado la república. — Pues bien, señores, yo juro que habeis « salvado la patria. »

Ambos partidos opuestos lo acusaban de conjuracion:

« Aquí conspirador faccioso, allá conspirador contra-revolucionario; entonces que me dividan. »

con el sello real; pero se daba particularmente este nombre á ciertas cartas con la firma y sello del monarca en la que se mandaba encarcelar á una persona designada.

En los tiempos precedentes á la revolucion francesa, estas cartas eran un objeto de tráfico ó favor, y se vendian ó daban con el nombre en blanco como nuestros pasaportes, quedando á voluntad del posesor el escribir un nombre cualquiera. Así la libertad de un ciudadano se hallaba á la disposicion de un enemigo que tuviese en su disposicion uno de estos documentos. Y hay que advertir que, ademas de la venta que de ellos hacian los miembros del gobierno, las queridas y favoritas de estos las esparcian gratis ó las vendian á mayor ó menor precio. Bajo el ministerio del infame Dubois, subió el computo de tales cartas á 80,000.

La inmoralidad de semejantes procederes, y la justa cólera que excitaban entre sus víctimas, familias y amigos de estas, fueron una de las principales causas que motivaron la Revolucion francesa.

(N. del T.)

⁽¹⁾ Tal era el apellido del famoso orador, apellido italiano de una familia venida en Francia con los Medicis y establecida en la Provenza. El nombre de Mirabeau es un título. (N. del T.)

⁽¹⁾ En francés Lettres de cachet. Llamábanse así toda especie de cartas

Obstinábase Mirabeau en pugnar en defensa del veto real; al momento cambia el viento de la popularidad; al favor sucede el odio, amotínanse contra el tribuno los partidos, lo denuncian y acusan de alta traicion.

« Y á mí tambien, replicó Barnave en un movimiento oratorio « que electrizó la Asamblea, y á mí tambien querian, hace pocos « dias, llevarme en triunfo; y hoy oigo gritar por las calles: La « gran conspiracion del conde de Mirabeau. No me era necesa- « ria tal leccion para saber que no hay mas que un paso del Capi- « tolio á la roca Tarpeya. »

Por último, ¿ cuando vieron los siglos, cuando consignó la historia de la antigua elocuencia, un movimiento, un rasgo, un arranque mas heróico, mas libre, mas atrevido, mas insolente, mas inesperado, mas victorioso, mas admirable, mas aterrador que la réplica de Mirabeau al gran maestro de ceremonias de la corte? Apenas habia intimado M. de Brézé á la Asamblea, en nombre del rey, la órden de disolverse, cuando Mirabeau, con la cabeza erguida, centellante el ojo, se levanta, y con un gesto imperativo, pronuncia estas palabras:

« La Francia ha resuelto deliberar, y vos que no podeis ser legi-« timamente el órgano del soberano para con la Asamblea na-« cional, vos que no teneis aquí ni lugar, ni voz, ni derecho de « hablar, id á decir á vuestro amo, que aquí estamos por la volun-« tad del pueblo, y que solo podrá arrancarnos de nuestros pues-« tos la fuerza de las bayonetas.

De Brézé, como herido del rayo, marchó hácia atras al salir de la sala; imágen de la monarquía que así retrocedia en presencia de la república.

No examinaremos la vida privada de Mirabeau, vida que le fue un obstáculo mas que un auxiliar, una mancha mas bien que un realce; no olvidando que no soy un narrador de anécdotas ni un biógrafo de escándalos, sino un pintor, y que mi objeto es representar, en cada uno de mis personages, únicamente al hombre político, sobre todo al hombre orador.

Por otra parte la opinion trata con indulgencia los campeones de la oposicion, tales como Mirabeau, Sheridan, y otros que han florecido en nuestros dias, cuya accion estribaba meramente en la palabra; mostrándose mucho mas severa para con los hombres de poder, y con justicia, pues son hombres de accion en toda la latitud del término. ¿Qué se dice de Turgot? Que era ministro

escrupuloso ¿Y de Robespierre? Que era incorruptible. ¿Y de Luis XVI? Que era hombre de bien. Los pueblos desean estimar á los que lo gobiernan, y este sentimiento honra la especie humana.

Mucho deploró Mirabeau los desórdenes de imaginacion y de temperamento que desflorado habian su juventud, desórdenes que reparó noblemente al confesarlos en plena tribuna; prueba evidente que su corazon estaba á la altura de su inteligencia.

Añadir debemos que sus discursos, proposiciones, exposiciones y manifiestos, respiran, como hombre público, una alta moralidad; y acostumbraba á decir: « Mas importa dar á los hombres « buenas costumbres que leyes y tribunales. »

¡Cosa singular! este elocuente tribuno fue el que, movido por un sentimiento de religiosa veneracion, hizo mantener el título : Luis por la gracia de Dios, rey de los Franceses.

Víctima de la tiranía en los calabozos de Vincennes, amaba la libertad con fanatismo é idolatría; profesaba por los derechos y miseria del pueblo un respeto profundo, lleno de elevacion y delicadeza; y queria establecer la sociedad en bases tales que nunca faltase el asilo á los ancianos, ni pan y trabajo á los pobres.

Mas vicioso en su temperamento que en su corazon, violento en sus pasiones, altivo en su arrepentimiento, poco preocupado del dia de mañana como lo son en general los artistas y almas elevadas, olvidadizo de las injurias como todos los nobles corazones, pobre, acosado por mil necesidades, sediento de reputacion, vano de su hidalguía, ostentándose á la vez como caballero y tribuno, seductivo hasta el punto de fascinar sus mismos enemigos: tal era Mirabeau.

Su alma era un foco inagotable de sensibilidad del cual brotaban los súbitos destellos de su elocuencia; vivo, arrojado, natural, jovial, humano, sumamente generoso, expansivo hasta la familiaridad y familiar hasta la indiscrecion; dotado de una inteligencia rápida y llena de oportunidad, chispeante de sal y de agudeza, provisto de una memoria asombrosa, gusto finísimo, riqueza intelectual y facilidad prodigiosa; ¿qué organizacion mas completa vieron los siglos?

Habia meditado mucho sobre la estrategia militar. Naturalmente intrépido, y procedente de heróica estirpe, su temperamento de hierro, su golpe de vista rápido, sus vastas facultades, su presencia de espíritu y su insuperable firmeza en el peligro, lo